

Noroeste, donde pudieron formarse idea de las varias industrias de los habitantes de la ciudad-isla. Miles de traficantes acudían diariamente á aquel mercado, que, según datos de Cortés, podía contener unas 60.000 personas. Algunos soldados españoles que habían visitado muchas ciudades afirmaban que ni en Roma, ni en Constantinopla, ni en parte alguna, habían visto un mercado tan concurridísimo y en el cual reinase al propio tiempo orden tan perfecto.

¡Qué gran masa de hombres, qué ensordecedor vocerío para ofrecer las mercancías! Veíanse comerciantes de todos los puntos del país de Anahuac, traficantes en joyas y alfareros de Cholula, plateros de Azcapozalco, tan célebre por su riqueza en esta clase de artistas, vendedores de frutas y verduras de *Tierra Caliente*, cazadores y pescadores de los pueblos convecinos. ¡Y qué diversidad de trajes se ofrecía á la vista! Mixtecas de flotantes y largos cabellos, que llevaban una especie de mantos de algodón; zapotecas ataviados con tejidos de la misma clase, pero con magníficos dibujos; huastecas vistiendo el popular *serape*, especie de poncho todavía en uso en nuestros días, y además toltecas, mazatecas, popolucas y otras tribus.

La plaza-mercado estaba circundada por galerías de columnas, en las que se hallaba sombra y frescura, y en el centro de la plaza elevábase un hermoso edificio en el cual había varios jueces acompañados de sus ayudantes, que no sólo pasaban revista á las mercancías, sino que dirimían todo género de cuestiones entre mercaderes y compradores, castigando además inmediatamente todo exceso que traspasase los límites de la ley. Había también inspectores que andaban entre la multitud á fin de mantener el orden más severo. Se vendía por número y medida, pues parece ser que los mexicanos no conocían el peso. Las medidas falsas eran destruidas inmediatamente, y el comerciante que defraudaba al comprador era castigado con la mayor dureza. El pago verificábase por cambio mutuo de mercancías, ó por medio de monedas acuñadas de cinc, plata y oro, y también eran admitidas pepitas de este metal, que se guardaban en unos cañutos transparentes fabricados con huesos de ganso. El largo y grueso de estos cañutos constituía su valor, y así equivalía al precio de un esclavo, un fardo de tela ú otras mercancías. También se daban y admitían como pago saquitos de granos de cacao.

Cada variedad de mercancía tenía su sitio determinado. En uno veíanse grandes montones de frutas, tales como aromáticas ananas, amarillentas cápsulas de simiente de pasionaria llenas de granos de un sabor muy grato al paladar, cerezas, ciruelas, nueces, etc. Al lado había toda clase de hortalizas: cebollas, ensaladas, hierbas y legumbres. En otros lugares vendíase cera, miel, una especie de jarabe extraído de las mazorcas del

maíz, bollos y aquella bebida llamada pulque, hecha del agave, que hemos mencionado en otro lugar. En los sitios destinados á los cazadores veíanse toda clase de aves: gallinas, pollos, codornices, palomas, y además

conejos, ciervos y gacelas; vendíanse también perros cebados, pieles de pantera, de jaguar, de puma, de nutria y de chacal; plumas de águila, de buitre, de halcón, etc.; papagayos amaestrados, pájaros cantores, y al lado de esto estaban los pescadores con toda clase de pescados, cangrejos y tortugas, así como millares de aquellos feísimos *axolotlos* de color gris sucio, que á causa de ser

mitad pez y mitad salamandresa han preocupado tanto á los sabios del siglo XIX, pero que á causa de su delicada y blanca carne aún hoy día constituyen uno de los bocados más exquisitos del pueblo mexicano, juntamente con aquellos bollos hechos de los cuerpos y huevos de los mosquitos de agua, artículo muy buscado no sólo en los mercados del antiguo México, sino también en los del moderno.

Lindando con el paraje destinado á los cazadores estaba el de los jar-



Leñadores

(De una antigua pintura mexicana)  
Las lenguas que se ven delante de la boca significan que ambos sostenían una conversación muy animada



Antiguos cascos guerreros mexicanos. (De pinturas de aquella época)

dineros, en el cual se hallaban todas las especies de trigo y grano, así como toda clase de simientes, raíces y hierbas medicinales que producía el país. En las calles adyacentes tenían sus puestos los leñadores y carboneros. Veíanse grupos de los primeros conversando animadamente mientras se ocupaban en partir la leña destinada al fuego en pequeñas astillas.

En la misma calle veíanse esteras de colores, destinadas unas á servir de lechos, otras á asientos, y las demás á cubrir el suelo. En otra parte

observábanse largas filas de objetos de alfarería, finos los unos y ordinarios los otros, ostentando los primeros grotescas pinturas. Seguían después los carpinteros, que voceaban sillas, mesas, cunas, etc.; hombres con materiales de construcción, pulimentados ó sin pulimentar; cordeleros que vendían zapatos hechos de cordelillo, cuerdas y tejidos ordinarios de corteza de árbol.

También los guerreros tenían ocasión de proveerse de pertrechos de guerra en el mercado, pues allí había gran cantidad de puntiagudas lanzas, azagayas y flechas; al lado de éstas veíanse colgados los temidos maquahuitlos, las espadas mexicanas con sus cortantes filos de obsidiana, como asimismo, pendientes de grandes armatostes, yelmos hechos de cabezas de animales, cuyas anchas fauces estaban dispuestas de modo que asomase por ellas la cabeza del combatiente.

Sobre las mesas había gruesas cotas de algodón y unos ligeros mantos de pluma de magníficos colores que se ponían sobre aquellas. Había también escudos grandes y pequeños, algunos de los cuales podían recogerse desarrollándose en la batalla para cubrir todo el cuerpo. También los aficionados á pinturas y artículos de lujo podían satisfacer sus inclinaciones, pues vendíanse estampas pintadas sobre papel de fibras de plantas, representando escenas de la vida doméstica, de la guerra y de la caza; además había colores, tabaco, pomadas olorosas, adornos, joyas y trabajos de oro y plata en gran cantidad. Los acuñadores estaban también sobre sus pequeñas mesas, dispuestos siempre á admitir encargos de sellos para marcar las mercancías ó adornar los trajes ó el cuerpo. Una parte del mercado se destinaba á los traficantes de esclavos, que estaban allí con su mercancía humana. Sujetos por medio de cuerdas á largas estacas, llevaban los esclavos números y precios lo mismo que todos los demás objetos que se vendían. Como se ve, en el mercado de Tenochtitlán se encontraba todo cuanto producía y construía el país, pues hasta en una bahía que lindaba con la plaza veíanse canoas con excrementos humanos para la venta, artículo que era aprovechado por los curtidores para curtir el cuero. Díaz del Castillo menciona que para recoger esta clase de riqueza había en todas las calles y plazas unas construcciones de caña destinadas á ocultar á la vista de los transeuntes á los que entraban en ellas. También había boticas, en las que se vendían medicinas y bebidas preparadas, y barberías en las que cortaban el pelo y lavaban la cabeza. Por todas partes veíanse hombres robustos que por una pequeña retribución hacían el servicio de correos ó cargadores.

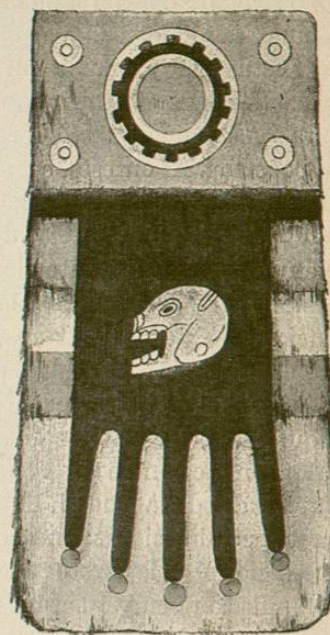
Dejando la animación del mercado, emprendieron los españoles el camino del gran Teocalli ó templo, situado, con sus enormes construcciones, delante de su alojamiento, y en el cual esperaba Motezuma á sus

huéspedes. Elevábase en medio de un inmenso terreno cercado por una muralla de dos metros y medio de altura, cuyo muro exterior estaba cubierto de esculturas representando espantosas serpientes. Penetrábase por esta *Coatepantli* ó *Muralla de la Culebra*, como la llamaban, por cuatro grandes puertas muy bien defendidas, que se hallaban una en cada fachada de la misma. Los aposentos que se encontraban después de transponer estas puertas era donde guardaba las armas la guarnición, que se componía de 10.000 hombres, destinados no sólo á defender el templo, sino también á cumplir las órdenes de Motezuma y á sofocar toda clase de agitacionnes ó desórdenes.

El espacio más importante, que era un sitio cubierto de baldosas blancas, estaba ocupado por el Teocalli, construcción de 30 á 35 metros de altura, dividida en cinco terrazas, y cuya plataforma superior coronaban dos grandes torres.

Por desgracia los datos de los contemporáneos de Cortés referentes á este templo no concuerdan por completo. El fraile Sahagún, al que debemos una historia de la conquista de México, vió este templo aún completo, y asegura que tanto la catedral actual como la residencia arzobispal están situadas en el mismo sitio que aquél ocupaba. Cada lado de su cuadrado medía 100 metros y los de la plataforma superior 20. Una ancha escalera de 140 peldaños subía á la plataforma por el lado Oeste, y ofrecía un aspecto muy pintoresco cuando en las grandes solemnidades subía ó bajaba el ejército de sacerdotes por ella. Las terrazas tenían en su interior numerosas y pequeñas cámaras que servían de vivienda á los servidores del templo, y que recibían luz por medio de pequeñas troneras ó claraboyas.

Díaz del Castillo da una interesante descripción de la visita que hizo en compañía de Cortés y sus soldados á este santuario indio. Dice así: «Al pie de la escalera hallamos seis pontífices ó sacerdotes superiores, y dos nobles empleados del Estado, enviados por Motezuma para que ayudasen á apearse á nuestro general, pero éste no lo consintió. Llegados á la

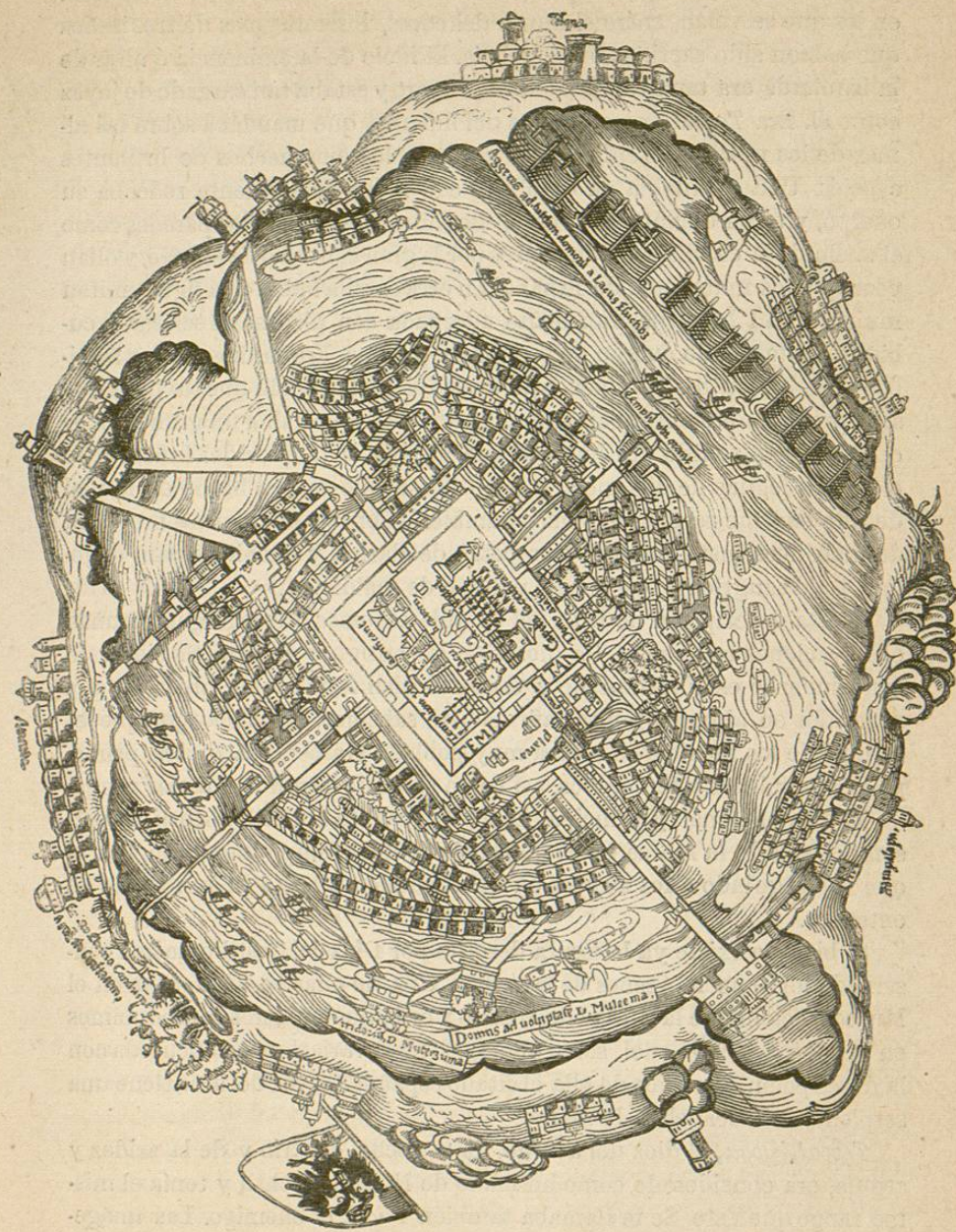


Parte delantera de un manto de plumas con calavera y señales de sangre (Según el original, muy defectuoso, que se conserva en el Museo de Instrucción pública de Berlín, restaurado por Rodolfo Cronau).

Las partes más oscuras son ro'as, las medianas verdes, y las claras blancas

altura, vimos delante de nosotros la plataforma en la que degollaban á las pobres víctimas que sacrificaban á los dioses en las grandes solemnidades. Todo estaba cubierto de sangre y había un gran ídolo en forma de dragón adornado de figuras, y delante del cual veíanse algunas piedras de sacrificio semicirculares. De una capilla, en la cual se hallaban los ídolos del templo, salió Motezuma acompañado de dos pontífices para saludarnos.

»Estuvo muy amable con nosotros, y volviéndose á Hernán Cortés dijo: «Debes de estar cansado, Malintzín; has tenido que subir á mucha altura.» A lo que contestó Cortés, que los españoles no se cansaban nunca ni por nada. Al oír esto, cogió el emperador la mano del caudillo, y llevóle al borde de la plataforma diciendo: «Mira hacia abajo y verás mi gran capital y los muchos pueblos del lago; desde aquí puedes verlo todo, y también el mercado de Tlatelolco.» En efecto, desde aquel templo digno de maldición se divisaba toda la comarca. Veíamos los tres diques que conducían á México, el de Iztapalapán, por el cual habíamos pasado hacia cuatro días para ir á la ciudad, el de Tlacopán y el de Tepeyac, y vimos también distintamente los puentes que daban acceso de un lado á otro de los diques, que, como se recordará, estaban cortados de trecho en trecho, y la gran conducción de agua que, viniendo de Chapultepek, surtía de aquel líquido á toda la ciudad. El lago estaba lleno de barcas que se deslizaban en todas direcciones; en los pueblos elevábanse los blancos templos de sacrificio sobre las azoteas de las casas, así como las torres más pequeñas y capillas: era en verdad un cuadro de imponderable hermosura. No nos cansábamos de contemplarlo, viendo también desde allí el gran mercado y la inmensa multitud que vendía y compraba. Era tal el murmullo, que se percibía á una hora de distancia. Al ver bajo nuestros pies la ciudad y el país, volvióse Cortés al monarca, diciéndole por medio de la intérprete Marina: «En verdad que vuestra majestad es un soberano glorioso, cuyo poder deseo aumente de día en día. Con gusto hemos visto todas estas poderosas ciudades, y ahora deseamos mucho ver vuestros dioses.» Entonces conferenció Motezuma con sus pontífices, y nos llevaron á una de las torres que se elevaban sobre la plataforma. En ésta había una gran sala, en la que se veían dos eminencias en forma de altar y revestidas con ricos paños, y sobre las que había dos gigantescas figuras. Una de ellas era *Huitzilopochtli*, dios de la guerra. Su cara era ancha, los ojos espantados y grandes, y estaba cuajado de oro, perlas y piedras preciosas. Por su cuerpo enroscábanse grandes culebras de oro y piedras finas, y este horrible espantajo tenía en una mano un arco y en la otra algunas flechas. A su lado estaba su paje, que era un ídolo más pequeño, que le llevaba la pica y el escudo, los cuales eran de oro, adornados con piedras preciosas. El dios tenía un collar del cual pendían caras humanas, y corazones de oro y



Plano de la ciudad de Tenochtitlán

(De un grabado en madera de la edición de las cartas de Cortés al emperador Carlos V, impresa en Nuremberg en 1524)

plata con adornos de piedras azules. Delante de él había unos incensarios en los que se veían, entre el humo del copal, los corazones de tres indios que habían sido sacrificados aquel día. El ídolo de la eminencia ó altar de la izquierda era tan grande como el primero y estaba tan cargado de joyas como él. Era *Tezcatlipoca*, el dios del infierno, que mandaba sobre las almas de los muertos. Tenía hocico de oso y los ojos hechos de brillantes espejos. Una guirnalda de diablillos con rabos de serpiente rodeaba su cuerpo, y tenía delante de sí corazones humanos. Tanto las paredes como el suelo de la capilla estaban negros por la gran cantidad de sangre, y oían peor que los mataderos de España. En otra capilla había otra figura mitad mujer, mitad lagartija, ricamente adornada con piedras preciosas y cubierta hasta medio cuerpo de semillas y plantas. Era la diosa de las semillas y de los frutos. También aquí apeataba de tal modo que tuvimos que salir precipitadamente al aire libre. En aquel templo había un gran tambor que producía sonido tan lúgubre que parecía el tambor del infierno. Se oía á dos leguas de distancia, y nos dijeron que estaba hecho de la piel de una enorme serpiente. Vimos también sobre la plataforma multitud de diabólicos instrumentos, trompetas de alarma y cuchillas para degollar, todo sangriento, espantoso y digno de maldición.»

A esta descripción de Díaz del Castillo tenemos que agregar algunas observaciones relativas á los dioses de los antiguos aztecas. Si bien este conocimiento es aún limitado y está más bien fundado en hipótesis que necesitan en algunos puntos afirmación, sabemos, sin embargo, que el Olimpo de los mexicanos estaba muy poblado y albergaba dioses principales masculinos y femeninos, así como otros de segundo y tercer rango.

El dios nacional y principal de los aztecas era Huitzilopochtli, la personificación de la fuerza guerrera, el Marte del Olimpo mexicano. Era el que había guiado á los aztecas en sus excursiones hasta su residencia de entonces.

Si bien no existe ya la figura descrita por Díaz del Castillo, se han conservado algunas imágenes de este dios. Una de ellas se encuentra en el Museo Nacional de la ciudad de México y es la que nosotros reproducimos en la página 119, la cual, salvo algunas ligeras variaciones, concuerda con la descripción que hace de ella el citado español. En vez del arco tiene una serpiente de cascabel en la mano.

*Tezcatlipoca*, el dios del averno, de la noche, del frío y de la aridez y sequía, era considerado como hermano de Huitzilopochtli y tenía el mismo rango que éste. Se le llamaba también *Yaotl*, el enemigo. Las imágenes de este dios son negras como la noche.

*Tlaloc* era el dios de la benéfica lluvia, el que reunía las nubes. Las nubes que nimban la montaña están simbolizadas, lo mismo que el rayo asolador

desprendido de ellas, en la culebra; así es que esta divinidad era adorada en la imagen de una serpiente. Por más que no está directamente representado en esta forma, tiene rostro surcado de espirales en figura de culebra, y por bajo el labio superior sobresalen largos dientes idénticos á los venenosos colmillos de presa de ésta.

El dios del viento era *Quetzalcoatl*, que tenía que allanar el camino al de la lluvia, haciendo también de intermediario entre los hombres y los dioses, y conseguir que los segundos descendieran á los primeros. Era considerado como uno de los mayores bienhechores de la humanidad. Cuando aún andaba por la Tierra producía ésta las más hermosas flores y sabrosos frutos sin necesidad de cultivo alguno; enseñó también á los hombres el uso de los metales, instruyéndoles al mismo tiempo en la agricultura y haciéndoles comprender el valor de una vida regulada y sometida á un gobierno ordenado. Bajo su mando disfrutaron los pueblos de Anahuac su edad de oro.

Pero no se sabe por qué acarreóse Quetzalcoatl el odio de un dios más poderoso que él, el cual le propinó un brebaje mediante el cual se despertó en su mente deseo irresistible de viajar. Abandonó, por lo tanto, el valle de Anahuac, descansó breve tiempo en Cholula, cuyos habitantes erigieron en su honor aquel gran templo que, como se recordará, estaba consagrado á esta divinidad, y á cuyo santuario acudían peregrinos de todas las comarcas. Más tarde dirigióse Quetzalcoatl desde las orillas del golfo de México, en un barco encantado fabricado con pieles de serpiente, hacia el fabuloso país de Tlapallán, situado al Oriente.

Según la tradición, este dios era de elevada estatura, de rostro pálido, cabello obscuro y barba muy larga y poblada. Ya hemos mencionado que los habitantes de Anahuac, que esperaban siempre la vuelta de este Dios, creyeron ver su personificación en Hernán Cortés, y que esta creencia contribuyó á allanar el camino á los españoles.

La diosa de la productora Tierra era *Coatlicue*. Pasaba por madre de Quetzalcoatl. Las estatuas que la representaban muestran en extraña mezcla los atributos y cualidades que creían ver reunidos en ella. La colosal columna, de 2,66 metros de altura y 1,33 de espesor, encontrada el 13 de agosto del año de 1790 al hacer una excavación en la gran plaza de la ciudad de México, y que se encuentra actualmente en aquel Museo



Sellos para marcar los tejidos y el cuerpo  
(Existentes en el Museo de Instrucción Pública  
de Berlín)